

MANUEL SELVA

Domingo Buonocore

No podría precisar si fue en el año 1942 ó 1943 cuando tuve la oportunidad de conocer personalmente a don Manuel Selva en una visita que hiciera a la Biblioteca Nacional. Lo cierto es que, con anterioridad a la referida entrevista, ya habíamos trabado relación epistolar e intercambio de publicaciones con motivo de la primera edición de mis "Elementos de bibliotecología". Poco después, ese contacto inicial derivaría espontáneamente en una firme y cordial amistad afianzada por encuentros sucesivos, ya en su sede oficial de la calle México, ya en la librería de Julio Suárez, su editor, en Lavalle 558.

BAJO EL APREMIO DE LAS ACTIVIDADES

Por otra parte, debo aclarar que no era fácil tenerlo a don Manuel al alcance inmediato, pues el hombre, de múltiples tareas afines a su quehacer bibliográfico, vivía siempre bajo la tiranía del reloj quejándose de que el tiempo no le alcanzaba para nada. Y, en efecto, así era: un temperamento laborioso y curioso que se dio todo entero, generosamente, a la causa de los otros, con amor, altruismo y la noble pasión del bien público. Su austera conciencia de responsabilidad lo hizo esclavo del cumplimiento del deber sin más concesiones que el afecto y el estímulo moral que dispensó a sus alumnos en la cátedra y a sus compañeros de trabajo como funcionario.

PRODUCTO DE SU PROPIO ESFUERZO

La gran hazaña de Selva consistió, hecho que lo analtece dignamente, en ser un hijo de su propia obra, un producto de su esfuerzo. Su férrea voluntad hizo el milagro de su autoformación profesional bajo la tutela vigilante y fructífera de un maestro insobornable como lo fue Paúl Groussac. Así lo reconocería el discípulo beneficiario al dedicar su "Tratado de bibliotecnia" a la memoria del insigne mentor a cuyo ejemplo, probidad y sabiduría, afirma, "se deberá lo poco que de mérito pueda tener este libro".

Selva resultó, de esta manera, un bibliotecario intuitivo forjado por su propia experiencia a través del manipuleo cotidiano de los libros y del ambiente propicio para el

recogimiento íntimo del estudio. Todo ello experiencia vital y razonada a la luz de una buena estrella, hecho distinto, por cierto, de la mera rutina que se configura como esclerosis del espíritu.

INCORPORACIÓN A LA BIBLIOTECA NACIONAL

Selva era originario de Centroamérica; había nacido en Guatemala en 1890, y siendo niño fue llevado a España donde cursó estudios de bachiller. A los 17 años llegó al país radicándose en Gualeguay. Entre Ríos, para ejercer tareas de maestro rural. Allí mismo escribió sus primeros versos que publicó en la revista "Letras" por él fundada. Breve sería su aventura litoraleña: el 17 de abril de 1912 se incorpora a la Biblioteca Nacional en el carácter de auxiliar de novena categoría, puesto desde el cual, por periódicos ascensos, llegaría a alcanzar el grado de jefe de la sección Bibliografía y luego el de secretario general de la institución. En esos cargos se desempeñó como funcionario ejemplar por su dedicación y puntualidad durante 43 años, es decir, hasta su muerte. Desde allí, al margen de sus tareas oficiales, envió durante mucho tiempo al diario La Nación balances periódicos, en defecto de la estadística de rigor, acerca del movimiento de la actividad del país en los distintos rubros de materias.

FALLECIMIENTO

Con motivo del fallecimiento de Selva, ocurrida el 20 de julio de 1955, despidieron sus restos en nombre de la Biblioteca Nacional, Daniel A. Santos y Alejandro Albornoz, éste eficiente y leal colaborador, quien, entre otros conceptos, evocó "al caballero cabal, jefe modesto y amable, maestro sin ambages y organizador de amplísimos horizontes. En el largo historial de la institución —agregó— nunca se dio un caso similar: llegó cuando apenas despuntaba el bozo, la amó, la prestigió y tan sólo la abandonó como en el diálogo socrático para que la muerte ajustara en su guirnalda la última rosa".

PIONERO DE LA ENSEÑANZA DE LA BIBLIOTECOLOGÍA

Además de bibliógrafo competente hubo alguno que, en un gesto de mal humor, pretendió negarlo rotundamente. Selva acredita entre nosotros otro mérito innegable: fue un pionero en la enseñanza de la bibliotecología. En efecto, en 1936 organizó con el

apoyo y la iniciativa de Ernestina Vila, la inolvidable animadora de la Escuela de Servicio Social, dependiente del Museo Social Argentino, hoy universidad libre, el primer curso orgánico anual de la materia en el que se desempeñó como único docente siete años hasta 1942. En ese centro se formó un plantel de entusiastas profesionales del libro que propagaría la fe y la virtudes del nuevo evangelio laico y civilizador en el país. Ese curso fue oficializado por decreto del poder ejecutivo del 18 de junio de 1938 que reconoció validez nacional a los títulos habilitantes.

AUTOR DE OBRAS BIBLIOTECARIAS

Selva, con el fin de facilitar el desarrollo del programa de la asignatura, publicó en 1939 un "Manual de bibliotecnia", con prólogo de Ernesto Nelson, editado por Julio Suárez, 720 páginas. Amén de los defectos y omisiones que se le puedan imputar al libro hoy —naturalmente, ha envejecido mucho— es indiscutible que, en su momento, cumplió la misión de guía elemental para los estudiantes a los fines de tener una visión genérica de las disciplinas relativas al libro y a la biblioteca. La obra, repetimos, con las inevitables fallas de que adolece, sirvió, por lo menos, para suscitar inquietudes y crear una conciencia de responsabilidad en el ejercicio de una profesión intelectual y técnica que, hasta entonces, se miraba con cierta displicencia al igual que un oficio servil o manual. En 1944 se publicó la segunda edición con el título de *Tratado de bibliotecnia*, por la misma editorial, en dos gruesos volúmenes que totalizan más de 1500 páginas.

Otra obra de interés por la novedad del tema es la *Guía para organización, fichado y catalogación de mapotecas*, Buenos Aires, Suárez, 1941, 144 páginas. Entre sus varias monografías corresponde señalar especialmente, *Lo que debe saber el bibliotecario*, 1941; *Libros de niños, libros de viejos*, 1941, y *La imprenta y el 500 aniversario de su invención*, en Gaceta del Foro, 3-XI-1940.

EJEMPLO DE TRABAJO Y TENACIDAD

Por encima de todo, Manuel Selva fue un trabajador honrado e infatigable. Su vida, humilde y azarosa, constituye un ejemplo de viril tenacidad en el esfuerzo y una lección sencilla y edificante de lo que puede conquistar la voluntad al servicio de un ideal.